

Hispania, LX/2, núm. 205 (2000)

LA POLÍTICA LIBERAL Y EL DESCUBRIMIENTO DE UNA IDENTIDAD DISTINTIVA DE CATALUÑA (1835-1865).

por

JOSEP M. FRADERA*
Universitat Pompeu Fabra

RESUMEN: *Este artículo explora la interacción entre la política liberal y la emergencia de una identidad distintiva catalana a mediados del siglo XIX. En particular, analiza las complejas relaciones entre la noción generalizada del patriotismo español, inherente a diversas iniciativas liberales en Cataluña y la aparición de los rudimentos de un nuevo patriotismo provincial, que se expresaba de varias formas y tenía causas y raíces claramente identificables.*

PALABRAS CLAVE: Cataluña. Liberalismo. Patriotismo. Provincialismo.

ABSTRACT: *This article explores the interaction between liberal politics and the emergence of a distinctive Catalan identity in the mid-nineteenth century. In particular, it analyzes the complex relationship between a generalized notion of Spanish patriotism, inherent in various liberal initiatives within Catalonia, and the appearance of the rudiments of a new provincial patriotism, which expressed itself in various ways and possessed identifiable causes and roots.*

KEY WORDS: Catalonia. Liberalism. Patriotism. Provincialismo.

La formación de la identidad catalana moderna se realizó en paralelo a la de la idea de España como Estado-nación. Esta aparente paradoja puede ser expli-

* Durante la redacción de este trabajo me he beneficiado de los comentarios de los profesores Enric Ucelay da Cal, Jesús Millán, Borja de Riquer, Jordi Canal y de los participantes del Seminario de Historia Contemporánea de la Fundación Ortega y Gasset. Los errores de detalle o interpretación deben ser imputados en exclusiva al autor.

cada de manera satisfactoria con tal de alejarnos de algunas concepciones muy elementales de cómo se han formado los grupos nacionales en la Europa del siglo XIX. En particular, de las que sostienen que las identidades nacionales promovidas por los Estados se sustentaban sobre un sentido de grupo de carácter exclusivo que unía al individuo con la nación, en términos estrictamente jerarquizados¹. Ni el patriotismo inducido desde los estados subsumió con rapidez otras identidades, de fundamento clasista o de otro tipo, aunque fuese su pretensión apenas disimulada, ni la identidad nacional tenía por qué ser leída de la misma manera en los espacios que sólo tendencialmente se estaban configurando como espacios nacionales, transformando viejas legitimidades o como procesos *ex novo*, de formación de nuevas entidades políticas, en determinados casos.

El punto de partida en esta cuestión radica en la compleja relación entre la política liberal y las identificaciones heredadas del pasado, en la forma en que éstas podían ser pensadas en el siglo XIX². Y, en el caso que nos ocupa, hay que buscarlo en la construcción del nuevo espacio político, siempre definido a escala española, y las identidades muy diferenciadas que habían coexistido en el conjunto de la Monarquía durante el antiguo régimen.³ La modificación del carácter del cuerpo político ya existente, sin atender a razones de índole cultural o histórica, reflejaba con nitidez el ideal patriótico «republicano» heredado de la cultura política del siglo XVIII en toda Europa⁴.

El advenimiento del liberalismo señaló el agotamiento y hundimiento de un sistema político centenario, hecho que se plasmará en una profunda ruptura ideológica con las nociones que proporcionaban legitimidad a la Monarquía y a los Borbones durante el siglo XVIII⁵. Uno de los motivos que expresaron con mayor claridad aquella ruptura, y de mayor trascendencia en la formación de la idea de una nación española, fue la idealmente imaginada usurpación por parte de la Monarquía de las libertades tradicionales que los súbditos habían disfru-

¹ Una distinción muy rígida de la distancia entre la «ethnicity» (concepto altamente problemático) y la «national identity», en el libro, excelente por tantos conceptos, de GREENFELD, Liah: *Nationalism. Five Roads to Modernity*, Cambridge, Harvard University Press, 1992, p. 13.

² Para estas cuestiones en relación al pasado catalán anterior al siglo XVIII, de TORRES SANS, Xavier: «Pactisme i patriotisme a la Catalunya de la Guerra dels Segadors», *Recerques*, Barcelona, 1995, 32, pp. 45-62.

³ Perfectamente prescindible la aproximación de Simon Barton «The Roots of the National Question in Spain», en TEICH, Mikulás y PORTER, Roy: *The national Question in Europe in Historical Context*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 106-127.

⁴ Maurizio Viroli, «Patriotismo y nacionalismo entre el final del siglo XVIII y los inicios del siglo XIX», en IRRUTINEGUI, J.M. y PORTILLO, J.M. (eds.): *Constitución en España: orígenes y destinos*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1998, pp. 51-60.

⁵ No lo ve así Jesús Cruz. Su advocación de un cambio político de gran trascendencia pero sin connotaciones sociales claras, me parece una ilusión derivada de un uso demasiado restringido de fuentes empíricas. *Gentlemen, bourgeois, and revolutionaries. Political change and cultural persistence among the Spanish dominant groups, 1750-1850*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

tado en el pasado, lo que condujo indefectiblemente a interrogaciones sobre la antigua constitución del Reino⁶. En el caso de Cataluña, por ejemplo, del derecho público anterior a 1714 eliminado por derecho de conquista, el fundamento efectivo de su identidad política⁷. Esta idea no se basaba, por lo que sabemos, en suposiciones acerca de una «edad de oro» o de un «norman yoke» a la española, con un hipotético potencial motivador en determinados estratos de la población, aunque resuenan en ocasiones ecos de este estilo en las versiones más radicales del liberalismo hispánico ya en los años cuarenta, sino en una mucho más restringida lectura del pasado reconocible y pensable en los parámetros de la intelectualidad liberal emergente⁸.

Los términos de aquella recuperación del pasado comportaron de inmediato graves contradicciones, que pasaron a formar parte del proceso mismo de construcción del nuevo espacio político y de su legitimación. Para muchos liberales de la primera hora se entendía que la fundamentación del proyecto liberal en el derecho público del pasado tenía mucho de retórica, en la medida en que la ruptura política introducida señalaba con claridad un antes y un después en el que la idea de derechos políticos era algo completamente nuevo⁹. Para ellos, en consecuencia, la apelación a las viejas libertades era un argumento esencialmente político y legitimador, en absoluto una descripción de lo que estaba pasando en el país o una lectura, siquiera aproximada, de la historia de los siglos precedentes. La insistencia continuada de los principales artífices de la primera Constitución, la de Cádiz de 1812, en el carácter unitario y unificador de la «soberanía nacional», en franca oposición a las tentaciones federalizantes de los liberales americanos o a las apelaciones a los antiguos derechos de las corpora-

⁶ Lo muestra la satisfacción con que Jovellanos mandó, en abril de 1809, el libro de Martínez Marina a su amigo Lord Holland, cuyo *whiggism* encontraba eco en algunos miembros de la Junta Central. No me parece que estas vinculaciones avalen el alcance que sugiere el título del libro de Manuel Moreno Alonso, del que tomo esta noticia. *La forja del liberalismo en España. Los amigos españoles de Lord Holland, 1793-1840*, Madrid, Congreso de los Diputados, 1997, p. 41.

⁷ FERRO, Víctor: *El dret públic català. Les institucions a Catalunya fins al Decret de Nova Planta*, Vic, Eumo Editorial, 1987. Para el Reino de Aragón, de Gil, Xavier: *De las alteraciones a la estabilidad. Corona, fueros y política en el reino de Aragón*, Universidad de Barcelona, 1988 (tesis doctoral inédita).

⁸ HILL, C.: «The Norman Yoke», en *Puritanism and Revolution. Studies in Interpretation of the English Revolution of the 17th Century*, Londres, Secker & Warburg, 1958, pp. 50-122. José M^a Jover Zamora ha destacado la limitación de las referencias históricas de los liberales españoles de la época isabelina en *La civilización española a mediados del siglo XIX*, Madrid, Espasa Calpe, 1992, p. 166.

⁹ Se han referido a esta cuestión DARDÉ, Carlos y ESTRADA, Manuel: «La representación social y territorial en la legislación electoral española, 1808-1874», en MALAMUD, Carlos (ed.): *Partidos políticos y elecciones en América Latina y la Península Ibérica, 1830-1930*, Madrid, Instituto Universitario Ortega y Gasset, 1995, vol. I, p. 18. En palabras de Alcalá Galiano, la idea de patria «era nueva en las bocas y oídos de los españoles, y si de término usado solamente en los libros pasó a ser aclamación popular, no pudo venir a uso sin traer consigo el acompañamiento de ideas que ella despertara y abarca.» Tomo la cita del libro de MORENO ALONSO, Manuel: *La generación española de 1808*, Madrid, Alianza Editorial, 1989, p. 241. Conviene consultar los capítulos diez y once del excelente *Jovellanos*, de Javier Varela, Madrid, Alianza Universidad, 1988.

ciones (municipios o reinos) peninsulares, reforzaba la significación fundacional del nuevo marco liberal que se quería construir¹⁰.

La reivindicación de un pasado de libertades comportaba por su misma naturaleza otro tipo de ambigüedades. España no había existido jamás como nación, ni los españoles como pueblo soberano. En consecuencia, la referencia a un pasado de libertades conducía a una evocación inevitable de las realidades políticas diferenciadas que habían constituido el conjunto monárquico hasta principios del siglo XVIII; de una Monarquía, además, con connotaciones imperiales hasta 1824¹¹. Más todavía, de unas unidades políticas diferenciadas que los Borbones se esforzaron por reconducir de forma altamente autoritaria a las leyes de Castilla y a un diseño progresivamente centralizador y unitario. En definitiva, el impulso fundacional del primer liberalismo se sustentó parcialmente en motivos históricos, comunes o particulares, que reforzaron la toma de conciencia del pasado diferencial soterrado por el «despotismo» de los Borbones del siglo XVIII y por los resultados más permanentes de la Guerra de Sucesión. De esta manera, aunque el resultado que se perseguía era la legitimación, en definitiva, de un nuevo y unificado espacio para la política, un impulso superador de las particularidades heredadas que deberían ser subsumidas en la nueva realidad política, las consecuencias a medio plazo de la evocación historicista anteriormente descrita no deben ser menospreciadas.

La complejidad de la construcción del marco nacional en el que estuvieron sinceramente comprometidos todos los liberales españoles, con la excepción particularista de aquellos que habitaban en las llamadas *provincias exentas* del País Vasco y Navarra, derivó tanto del marco ideológico escogido como de la dinámica del cambio político en las distintas partes de la Monarquía¹². En Ca-

¹⁰ Joaquín Varela Suanzes se ha referido a estas cuestiones identificando, de manera muy discutible, las referencias constitucionalistas de carácter histórico a las posiciones de los diputados realistas o antiliberales, en *La teoría del estado en los orígenes del constitucionalismo hispánico (Las Cortes de Cádiz)*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1983, pp. 364-370.

Mucho más perceptivo de las complejidades del discurso liberal y de su significado en Cataluña, el trabajo de ARBÓS, Xavier: *La idea de nació en el primer constitucionalisme espanyol*, Barcelona, Curial, 1986.

¹¹ Referente a lo que el hecho imperial significaba para la construcción del Estado liberal, pueden consultarse los trabajos siguientes. De CRUZ, Pedro, LORENTE, Marta, BLANCO Valdés, Roberto L., PETIT, Carlos, TEROL Manuel y PORRAS, Antonio: *Los orígenes del constitucionalismo liberal en España e Iberoamérica*, s.p.e., Junta de Andalucía, 1994; Carlos Dardé y Manuel Estrada, op. cit. en nota 3. De FRADERA, Josep M.: «Why were Spain's special overseas laws never enacted?», en KAGAN, R. L. y PARKER, G., eds.: *Spain, Europe and the Atlantic World. Essays in honour of John H. Elliott*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, pp. 334-349.

¹² Al respecto, de MINA, M. C., *Fueros y Revolución liberal en Navarra*, Madrid, Alianza, 1981; BLANCO OLAETXEA, C.: *Los liberales fueristas guipuzcoanos, 1833-1876*, San Sebastián, Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa, 1982; FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, J.: *La génesis del fuerismo. Prensa e ideas políticas en la crisis del Antiguo Régimen*, Madrid, S. XXI, 1991; con atención a los aspectos literarios y culturales que forman el trasfondo del problema, de JUARISTI, J.: *El linaje de Aitor. La invención de la*

taluña las contradicciones en torno a la identidad fueron de especial agudeza a medida que fue avanzando el siglo XIX, por razones que no derivaban en exclusiva de las consideraciones anteriores, con el resultado de conducir hacia una muy peculiar reelaboración de la identidad catalana. En las páginas que siguen trataremos de proporcionar las claves para una comprensión adecuada de este proceso tan complejo de formación de identidades no excluyentes.

Durante los primeros experimentos liberales de 1808-1814 y 1820-1823, la gran mayoría de los partidarios del cambio político en Cataluña mantuvieron posiciones coincidentes con sus corregionarios del resto de la Península. La extensa y virulenta propaganda liberal que circuló en aquellos años, tanto los textos doctrinales de mayor calado como las intervenciones en Cortes de los diputados catalanes, no incorporaba, por lo general, ninguna orientación particularista digna de mención. Es cierto que, en el mandato dado a los diputados catalanes por la Junta del Principado, en 1810, figuró una ambigua indicación a la formación de un código único para toda la Monarquía y la reivindicación, en paralelo, del antiguo derecho político del país¹³. Pero este tipo de ambigüedades expresaban tanto la incomodidad de sectores apenas liberales integrados en el proyecto patriótico como el punto final de una larga serie de reclamaciones catalanas para mejorar el estatuto del país en el marco de la España borbónica¹⁴. Las posiciones que se toman mayoritariamente en Cataluña, no obstante, se integraron sin problemas en el marco del discurso de la nación como patria de todos los liberales, una vez se afirmó el carácter de ruptura con el pasado que significaba la apertura de Cortes y la derrota de las tesis continuistas de la Junta central. Por esta razón, las discusiones de mayor profundidad ideológica en ambos períodos dividieron a los diputados catalanes en torno a las mismas líneas de demarcación que separaron a los diputados del resto del país.

En este contexto, dos personajes merecen ser mencionados por la singularidad de su discurso. El primero que debe citarse es Antoni de Capmany (1742-1813), uno de los diputados de más peso y mayor preparación de las Cortes gaditanas. Sus intervenciones parlamentarias trataron con escaso éxito de incorporar la tradición política barcelonesa (y, por derivación, catalana) al diseño constitucional que se estaba fraguando en las constituyentes. Su historicismo se inscribía en la línea de recuperación del pasado anteriormente descrita, pero lo

tradición vasca, Madrid, Taurus, 1987. De carácter más general, FUSI, J.P.: *El País vasco. Pluralismo y nacionalidad*, Madrid, Alianza, 1985; una visión comparativa, casi hasta el presente, del caso vasco y el catalán, en CONVERSI, D.: *The Basques, the Catalans and Spain. Alternative Routes to Nationalist Mobilisation*, Londres, Hurst & Company, 1997.

¹³ CARRERA PUJAL, J.: *Historia política de Cataluña en el siglo XIX*, Barcelona, Bosch editor, 1957-1958, I, pp. 379.

¹⁴ La argumentación más fundamentada y convincente de la larga continuidad de una tradición política autóctona, una parte de la cual tuvo un marcado acento austriacista, se encuentra en LLUCH, Ernest: *La Catalunya vençuda del segle XVIII. Foscors i clarors de la Il·lustració*, Barcelona, Edicions 62, 1996.

hizo con matices que derivaban de una larga y sedimentada trayectoria de político e historiador, al punto de convertirse en el consultor de las propias Cortes para temas de orden histórico¹⁵. Su voluntad de fundamentación historicista del proyecto liberal le condujo no tan sólo a la reivindicación del pasado constitucional del Principado, sino que realizó un esfuerzo idéntico en relación al de otros antiguos reinos¹⁶. El otro caso digno de mención es el de Antoni de Puigblanch (1795-1840), especialista en lenguas semíticas y diputado en las Cortes del Trienio liberal (1820-1823), experiencia que le forzaría al exilio con el restablecimiento del absolutismo. Profundamente identificado con el proyecto liberal para el conjunto de la Monarquía como miembro del ala «exaltada» del liberalismo, las inquietudes literarias de Puigblanch, hombre formado como Capmany en el mundo de la filología y la cultura setecentistas, le orientaron hacia la formulación de una propuesta literaria y política de muy difícil catalogación (empezando por los problemas de datación y de autoría de sus obras, por no decir nada de su artificiosa visión de una España dividida en tres grandes entidades bajo una sola constitución.) Escribió una larga composición en verso, *Les comunitats de Castella*, en la cual glosó la lucha por la libertad de las ciudades castellanas frente a Carlos V. Identificado en principio con los postulados de Capmany en cuanto a la decadencia de la lengua propia y de la conveniencia, por lo tanto, de la adopción de la lengua castellana, Puigblanch escribió aquel texto en su propio idioma para conciliar el doble propósito de rendir culto a los derrotados del siglo XVI en clave liberal y, al mismo tiempo, realizar un postrer homenaje a una lengua en trance de desaparición¹⁷.

La visión de las primeras generaciones de liberales se prolongó sin solución de continuidad en los años posteriores a las guerras napoleónicas y cuando el cambio político que se inicia en 1833. Esto sucede por igual, por caminos muy parecidos, en Cataluña que en España, aunque la cuestión no ha sido estudiada de manera adecuada hasta el momento. Durante el reinado de Fernando VII, la toma de conciencia de los liberales catalanes se realizará de manera indiscutible en el marco ideológico de la constitución del año 1812 y en función de las

¹⁵ Para el caso de Capmany deben consultarse los trabajos recientes de Ramon Grau Fernández. «Antoni de Capmany: el primer model del pensament polític català modern», del historiador citado y Marina López, en BALCELLS, Albert (ed.): *El pensament polític català del segle XVIII a mitjan segle XX*, Barcelona, Ed. 62, 1988, pp. 13-40. También, *Capmany i la renovació de l'historicisme polític català*, Barcelona, Ajuntament de Barcelona, 1994. ARBÓS, X.: *La idea de nació en el primer constitucionalisme espanyol*, op. cit., nota 9, p. 136.

¹⁶ CAPMANY, Antoni de: *Práctica y estilo de celebrar cortes en el reino de Aragón, principado de Cataluña y reino de Valencia. Y una noticia de los de Castilla y Navarra. Recopilado todo y ordenado por Don (...)*, Madrid, 1921.

¹⁷ La biografía más completa sobre Puigblanch es la de Enric Jardí, *Antoni de Puigblanch. Els precedents de la Renaixença*, Barcelona, Aedos, 1960. Es de gran interés la presentación de Jordi Rubió i Balaguer incluida en el libro, pp. I-XXIX. Más recientemente, de Ramon Grau y Marina López, «Antoni Puigblanch: una visió fatalista liberal del projecte nacional espanyol», en Albert Balcells, op. cit., pp. 41-55.

bases ideológicas que le habían servido de fundamento. Las diferencias y enfrentamientos entre las distintas facciones liberales, por virulentos que fuesen en ocasiones, respondieron a lecturas distintas de cómo debería ser y qué amplitud debería tener el ejercicio de los derechos políticos reconocidos en el texto constitucional, en modo alguno a la duda o al cuestionamiento del sustrato patriótico aceptado por toda su familia ideológica. Es más, cuando se inició el proceso de ruptura efectiva con las inercias del absolutismo, el verano de 1835, los liberales se dividirán en los dos grandes partidos, moderados y progresistas, y discutirán las bases del modelo constitucional del futuro, pero el mandato unitario de los primeros experimentos de los años 1808-1814 y 1820-1823 no será jamás puesto en cuestión. La oposición a la idea de España como patria y nación de todos los liberales, de espacio donde los derechos políticos y civiles deberían ejercerse, era privativa del antiliberalismo que encontró su expresión en el legitimismo contrarrevolucionario en torno al hermano del difunto rey. El partido carlista, una amalgama muy compleja de grupos de privilegiados del antiguo régimen, de campesinos y de un sector fundamental de la Iglesia española, se levantó contra el liberalismo en función de un programa que tenía en su centro la reivindicación de los derechos de Carlos V, heredero convicto y confeso de una tradición rígidamente unitarista y contraria a cualquier idea de devolver las antiguas instituciones a los países de la antigua Corona de Aragón¹⁸. Será el Estado liberal, al final, quien aceptará el encaje «fuerista» en las provincias vascas y en Navarra, cuanto menos hasta el paso al sistema de conciertos de 1876¹⁹. A la inversa, las discretas peticiones de orden descentralizador realizadas por los grupos dirigentes catalanes frente a la radicalidad del modelo moderado desde

¹⁸ En relación al carlismo disponemos de excelentes síntesis bibliográficas, en particular las de PÉREZ LEDESMA, M.: «Una lealtad de otros siglos (En torno a las interpretaciones del carlismo)», *Historia Social*, 1996, 24, pp. 133-149; de CANAL, J.: «El carlisme. Notes per a una anàlisi de la producció historiogràfica del darrer quart de segle (1967-1992)», en *El carlisme. Sis estudis fonamentals*, Barcelona, 1996, pp. 5-49; y de MILLAN, Jesús: «Una reconsideración del carlismo», *Ayer*, 1998, 29, pp. 91-107.

¹⁹ La cuestión del «fuerismo» vasco y navarro debe situarse en este contexto, como una transacción esencial del Estado liberal para asegurarse un mínimo consenso en territorios donde el carlismo tenía un marcado peso político. La persistencia de los fueros introdujo un elemento de muy difícil asimilación ideológica en el discurso de la nación española. Esta cuestión ya fue tratada en su día por un joven Segismundo Moret y por Luis Silvela en *La familia foral y la familia castellana. Memoria premiada por la Academia matritense de Jurisprudencia y Legislación*, Madrid, 1863. Para un planteamiento actual de este tema, además de la bibliografía indicada ya en la nota 11, de J.M. Portillo, «Tradició i revolució: el debar constitucional al país basc», en FRADERA, J.M., MILLAN, J. y GARRABOU, R. (eds.): *Carlisme i moviments absolutistes*, Vic, Eumo Editorial, 1990, pp. 207-226. De AGIRREAZKUEENAGA ZIGORRAGA, Joseba: «L'Espanya foral: «Principi absurd, perillós i impossible...Un Estar dintre un altre Estat» (pendiente de publicación en la revista *Recerques*). De URQUIJO GOITIA, José Ramón: «Els furs bascs en la crisi de l'Antic Règim: la dicotomia abolicí o modificació durant la Primera Guerra Carlista», *Recerques*, 34, 1996, pp. 29-46. (Redactado este trabajo he podido consultar una excelente y muy completa recopilación sobre la cuestión foral vasca: *Foralismo, derechos históricos y democracia*, Bilbao, Fundación BBV, 1998).

los años sesenta, que constituían su lógico contrapunto, no encontrarán eco en los medios que dominan la política española²⁰.

El grueso del liberalismo catalán era resueltamente patriótico en este contexto de construcción del Estado liberal en España. Esta afirmación puede llevarse un poco más allá: cuanto más radicales son los exponentes del liberalismo de estos años cruciales, mayor es su apego e identificación con la idea de un patriotismo español compartido con los liberales del resto de la Monarquía. Mayor es su empeño en proclamar el antiespañolismo de los enemigos del orden liberal, más invocan los imprescriptibles deberes del patriota, más hablan de traición a la patria común de los sectores de más tímido liberalismo, del liberalismo «respetable». O más claman contra los carlistas, catalanes como ellos, pero vistos como elementos ajenos a los beneficios reconocidos por la Constitución, es decir, de aquellos que confieren auténtica personalidad política. Al margen del espacio político y simbólico del constitucionalismo, los partidarios del carlismo son vistos como sujetos patéticos por los liberales catalanes, incapacitados, por lo tanto, para recibir los beneficios de la Constitución. Como individuos más ajenos a su mundo, por lo tanto, que los liberales de Málaga o Zaragoza, hermanados con ellos gracias al ideal de una patria común. Por esta razón, se tildará a las huestes carlistas, a su base campesina y popular en particular, como de «latro-facciosos», es decir, como ladrones y antiliberales, y se les desplazará de modo muy consciente de enemigos políticos a vulgares delinquentes que debían ser destruidos.²¹ Y reclamarán una y otra vez a las autoridades militares su aniquilación, a pesar de algunos episodios coyunturales en los que las divisiones entre los liberales han permitido a los carlistas encontrar aliados entre ellos, como sucedió en la segunda mitad de los años cuarenta²².

²⁰ Sobre esta cuestión, de RIQUER, Borja de: «El conservadorisme polític català: del fracàs del moderantisme al desencís de la Restauració», *Recerques*, 11, 1981, pp. 29-80.

²¹ Pere Anguera se ha referido a ello en «Components i algunes motivacions del primer carlisme català», en *Revoltes populars contra el poder de l'Estat*, Barcelona, Generalitat de Catalunya, 1992, p. 84.

Es muy significativo que el periodista más representativo de los grupos dirigentes catalanes, Joan Mafé i Flaquer, después de haber pedido, lúcidamente, la apertura de carreteras hacia el interior para acabar con la resistencia antiliberal, haya escrito un interesante estudio sobre el «brigantaggio» rural del Mezzogiorno italiano.

²² El episodio de mayor envergadura de esta colaboración se ha dado en la segunda mitad de los años cuarenta, cuando los carlistas han protagonizado una tentativa de levantamiento al lado de los progresistas y los republicanos. Debe recordarse que muy pocos años antes, entre 1841 y 1843, habían sido los liberales moderados los que habían buscado el apoyo del partido carlista. Para el momento mencionado en primer lugar, véase el trabajo de CAMPS I GIRÓ, Joan: *La guerra dels matiners i el catalanisme polític (1846-1849)*, Barcelona, Curial, 1978. también el capítulo «La opción catalanista del conde de Montemolín», en SECO SERRANO, Carlos: *Tríptico carlista. Estudios sobre historia del carlismo*, Barcelona, Ariel, 1973, pp. 63-120.

En estos levantamientos ha tenido un especial protagonismo Tomás Bertrán i Soler, personaje de difícil clasificación, pero sin duda uno de los primeros en denunciar la identificación entre historia

Durante los años revolucionarios se escucharon en Barcelona voces en favor de la independencia. Estas manifestaciones fueron registradas con cierta sorpresa por los cónsules británico y francés, y, aún cuando es indudable que surgían de las facciones liberales más radicales, no alcanzaron jamás su traslación al espacio de las fundamentaciones doctrinales²³. Sin ir más lejos, en la interesante y ubicua prensa liberal del período nada se encuentra de aquella pretensión separatista, ni tampoco se constata en los trabajos de mayor calado político de algunos de los políticos radicales aparentemente comprometidos con aquellas manifestaciones de oscura voluntad secesionista²⁴. Sin embargo, su sentido puede ser entenderse perfectamente en el dramático contexto de los levantamientos barceloneses de aquellos años. En efecto, en la lógica del primer liberalismo, y de sus corrientes radicales después, lo esencial era lograr el pleno ejercicio de los derechos políticos. Y si éstos no podían ser garantizados a escala de toda la Monarquía, consideraban perfectamente válida y justificada la secesión, fuese la de Cataluña, la de la antigua Corona de Aragón o la de una ciudad cualquiera²⁵. No obstante, esta forma de entender la política, comprensible en el marco de una todavía incipiente consolidación del Estado-nación, podía expresarse en formulaciones radicalmente opuestas a la secesionista. Así, después de los críticos acontecimientos contra Espartero de los años 1842-1843, las fuerzas que en Cataluña protagonizaron su caída entraron en la compleja combinación política «centralista», una solución articulada para encontrar una sali-

castellana y patriotismo español, a propósito de la influyente obra de un intelectual progresista de gran proyección, como era Modesto Lafuente. Esta crítica está contenida en una obra muy poco conocida: *Cuchilladas a la capilla de Fray Gerundio*, Valencia, Imp. de la Regeneración Tipográfica, 1858. (Debo el conocimiento de esta obra a la amabilidad del prof. Josep Fontana)

²³ GARCÍA ROVIRA, A.M.: «Los proyectos de Estado en la revolución liberal. Federalistas y centralistas ante la inserción de Cataluña en España (1835-1837)» (Texto inédito cuya consulta debo a la amabilidad de la autora)

²⁴ Se encuentran en ella repetidas denuncias de aquellos intentos. Algunas de éstas fueron recogidas por Ernest Lluch en su obra *El pensament econòmic a Catalunya (1760-1840). Els orígens ideològics del proteccionisme i la presa de consciència de la burgesia catalana*, Barcelona, Edicions 62, 1974, pp. 294-295.

²⁵ Las relaciones entre la frustración política por el camino adoptado por el moderantismo español y una recuperación nostálgica de la antigua Corona de Aragón podría estudiarse en el caso de Víctor Balaguer o de su amigo y colega historiador, el valenciano Vicent Boix. ORTEGA, Eduardo: *Vicent Boix. Aproximació biogràfica al romanticisme valencià*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1987, pp. 130-136.

La realización del ideal político a escala incluso local era algo perfectamente asumido en la época. Se trata de la lógica política que da sentido al paso de Abdó Terradas por la alcaldía de Figueras durante la etapa esparterista, las insurrecciones republicanas ampurdanesas o la experiencia, más amplia, del cantonalismo republicano. Ya en 1836, el mártir demócrata Ramon Xaudaró había declarado que «El gobierno mejor organizado será aquél que dando un impulso uniforme a la administración y gobierno de los pueblos, se contentará con vigilar la observancia de las leyes, dejando el mecanismo interior a la disposición de las autoridades populares de las subdivisiones territoriales». La cita de *El Corsario*, Madrid, 24 de noviembre de 1836, la tomo de Antonio Elorza, op. cit. nota 29.

da política para el conjunto de la Monarquía. Unos años después, en el contexto ya de la hegemonía moderada, las corrientes más democráticas del liberalismo especularon a menudo con el ideal «iberista» de unión de España y Portugal, posibilidad pensada para superar los obstáculos que la tradición autoritaria de los Borbones y los Bragança oponía a la ampliación de la base democrática de los dos países²⁶. Pero, a pesar de los pesares, el proyecto nacional español se consideraba como el espacio idóneo para el ejercicio de los derechos políticos en el ideario del primer liberalismo, el marco que habían heredado y que estaba en la base de la solidaridad de los liberales de toda la Monarquía²⁷. Era la frustración del proyecto liberal, en todo caso, lo que conducía hacia otros derroteros, en particular a la formulación de la utopía republicana, articulada por lo general en torno a la idea de una unión entre estados en el marco de una república federal o confederal o, en su defecto, a otras posibilidades que, como el iberismo o el cantonalismo, se han pensado como una posibilidad alternativa hasta los años del Sexenio democrático.²⁸ Esta era una formulación que se había gestado en los medios del liberalismo radical en los años más críticos del cambio político, y que sería adoptada luego por demócratas y republicanos. El catalán compartió estas ideas, que ensamblaban una tradición insurreccional de fuerte raigambre local con precisas referencias internacionales, con sus correligionarios del resto de la Monarquía, como ya señalase con precisión Antonio Elorza en un estudio pionero²⁹.

EL PATRIOTISMO ESPAÑOL DE LOS LIBERALES CATALANES

Si el espacio político definido por el Estado constitucional era el marco de integración de los grupos liberales de toda la Península, la creación de una identidad española no fue una operación simple. La visión de un espacio único de la política, el espacio de la soberanía nacional, no implicaba per se la exis-

²⁶ Unas interesantes páginas sobre la cuestión en JOVER ZAMORA, J.M.: *La civilización española a mediados de siglo XIX*, pp. 177-191. Algunas precisiones más en M. V. López Cordón, *El pensamiento político-internacional del federalismo español*, Barcelona, Cátedra de Historia General de España 1975.

²⁷ Esta visión se comparte entre las franjas más radicales del discurso liberal en todo el país, en particular el incipiente republicanismo. Por ejemplo, en la formulación de la idea de una República federal que sea el marco de superación de las limitaciones del sistema impuesto por el liberalismo de orden.

²⁸ Una interesante aproximación a estas visiones de la política en Miguel Angel Esteban Navarro, «De la esperanza a la frustración, 1868-1873», en TOWNSON, Nigel (ed.): *El republicanismo en España (1830-1977)*, Madrid, Alianza Editorial, 1994, pp. 87-112. De DUARTE, Àngel: «Le républicanisme catalan au XIXè siècle: état, nation et groupes sociaux», Roma, Collections de l'École Française de Rome, *Le familles politiques en Europe Occidentale au XIXè siècle*, pp. 251-265.

²⁹ Me refiero a «La primera democracia federal: organización e ideología», en TRIAS J.J. y ELORZA, A. *Federalismo y reforma social en España (1840-1870)*, Madrid, Seminarios y Ediciones S.A., 1976, p. 83.

tencia de una identidad cultural única ni la exigía, por razones que resultan fácilmente comprensibles. La identidad patriótica de los liberales, su «españolismo», era una idea esencialmente política, aceptada y pactada por unas clases medias y una burguesía urbana comprometida en la definición de un nuevo orden. En el contexto ideológico del primer liberalismo, sin embargo, la aceptación del marco global definido por la Constitución de 1812 no comportó en absoluto la asunción de una identidad única, que debería haber resultado de la fusión entre la aspiración a la construcción de un nuevo espacio político y la tradición política y la historia castellana, de la tradición forjada en torno al Estado monárquico desde fines del siglo XV. De manera bien distinta, la integración en el nuevo contexto político por parte de los liberales catalanes se realizó en términos de un patriotismo general español que se sustentaba en la diversidad de las situaciones particulares³⁰. De este modo, la aceptación del marco general español y, más aún, de la identificación con lo «español» no implicaba la negación de la historia particular ni la condición originaria de antiguos súbditos de la Corona de Aragón, una entidad política distinta de la castellana³¹. Ni, por supuesto, una consideración meramente arqueológica de la lengua propia y de su literatura que recibe un tratamiento muy ambiguo en estas décadas centrales de siglo³². En un proceso de gran complejidad, el uso ocasional de la lengua «provincial» expresaba el orgullo de la tradición particular, al mismo tiempo que la integración en el espacio público del castellano rubricaba la entrada en un proyecto político común. El patriotismo general español era el resultado, en definitiva, de un proceso de aceptación voluntaria y consciente de las reglas de un juego político impuesto con el consenso de todos, de un juego en el que los liberales catalanes habían contribuido con su propia épica y con sus propios mártires, los de la conspiración del general Lacy, el año 1817, o los ajusticiados por el Conde de España en la segunda etapa del reinado de Fernando VII³³. Pero más allá de estas precisiones, el carácter de la conciencia

³⁰ Pere Anguera se ha referido a estas cuestiones y ha anotado una gran cantidad de referencias eruditas en «El origen del catalanisme. Notes per a una reflexió», en *Orígens i formació dels nacionalismes a Espanya*, Reus, Centre de Lectura, 1994, pp. 13-79.

³¹ Estas consideraciones podrían plantearse no sólo para Cataluña sino para algunos de los otros países de la Corona de Aragón, en particular en aquellos de común raíz catalana, ya que el caso aragonés debe estudiarse con otras coordenadas. El análisis textual podría aportar mucho sobre estas cuestiones, incluidas las lingüísticas. A modo de ejemplo, en unos diálogos políticos valencianos de 1820, las *Conversacions entre Saro Perrenque i el doctor Cudol*, Sueca, Lletres Menudes, 1976, sostiene: «Liberal es español/el español es cristiá,/estriem sobre dos peus,/hu polític y hu moral, y si un dels dos faltem/ ya som coixos liberals.» (Liberal es español/el español es cristiano,/ nos basamos sobre dos pies,/uno político y otro moral/ y si en uno de los dos faltamos/somos ya liberales cojos./) (p. 8.)

³² JORBA, Manuel: «Els corrents provincialistes i la Renaixença» (texto pendiente de publicación, que he podido consultar gracias a la amabilidad del autor)

³³ Para acercarse a los motivos de esta nueva mitología liberal, nada mejor que releer las obras del barcelonés Joaquín Castillo Mayone, representante del liberalismo radical y cronista de los levantamientos populares de la ciudad de los años 1835-1840. Una de ellas ha sido reeditada recién-

provincial de aquella generación es muy arduo de discernir. Todo parece indicar que la construcción de la patria española fue algo asumido como propio por los sectores mesocráticos del liberalismo, pero que esta convicción penetró además en medios populares muy amplios. Los términos, sin embargo, en los que aquella adhesión fue pensada, si eran los mismos para todos o expresaban diferencias de posición social, no son tan evidentes ni fáciles de establecer.

La visión «histórica» propia del liberalismo, basada en la idea de recuperación de libertades sepultadas por el autoritarismo de los Austrias o los Borbones, encontró un eco sensiblemente distinto en la Cataluña de los años de la revolución liberal, empezando por la peculiaridad de que fue la dinastía francesa y no la de los Austrias la responsable principal de la destrucción de las libertades del país. Sin embargo, esta constatación elemental de la disparidad de las respectivas historias no pareció ser un obstáculo significativo para el esfuerzo común de edificación de un orden nuevo que, fuesen cuales fuesen sus fundamentos históricos, tenía como punto de arranque una ruptura revolucionaria. Si embargo, por su propia lógica el fundamento ideológico de este primer liberalismo condujo a una masiva recuperación de la conciencia histórica en términos de pasado catalán (aunque no excluyó la asimilación de el medieval castellano, reclamados ambos por algunos literatos como la necesidad de desarrollar una épica propia menos dependiente de la cultura francesa). Nada tiene de particular, por lo tanto, que durante la decisiva década de 1835 a 1845 se produjese en Cataluña una renovación considerable del interés histórico, pero éste se entendió como una aportación al desarrollo de una identidad general española que jamás fue cuestionada. Las antiguas libertades fueron sistemáticamente invocadas y, con ellas, las figuras emblemáticas que las habían defendido en el pasado. Si en la España castellana esta fundamentación histórica desembocó con preferencia en la exaltación de la lucha de las ciudades contra el Emperador Carlos, en Cataluña condujo a los principales episodios de la lucha de los monarcas contra unas mitificadas instituciones políticas, que se identificaron de manera abusiva con el conjunto del país³⁴. De este modo, episodios como el protagonizado, en 1416, por Joan Fivaller contra el primer Trastámara conde de Barcelona; la guerra civil contra Juan II en el siglo XV; la guerra de separación de 1640-1660 o la guerra contra la nueva dinastía representada por Felipe V, adquirieron carta de naturaleza en la cultura liberal catalana de mediados de

temente en edición facsímil, con una interesante presentación de GARCIA ROVIRA: Anna M. y CASTILLO MAYONE, J. *Las bullangas de Barcelona o sacudimiento de un pueblo oprimido por el despotismo ilustrado*, Vic, Eumo editorial, 1994.

³⁴ El sector más genuinamente liberal de la historiografía catalana presentará esta reivindicación en términos de franca anticipación de las luchas de los liberales del siglo XIX. Se trataba de una visión tan ideológica del pasado como la de los sectores más conservadores, realizada más estrictamente en términos de oposición entre pasado y presente. Es el caso de Balaguer, del que nos ocuparemos más adelante.

siglo con un presentismo que aún impresiona.³⁵ Estas recreaciones, de corte genuinamente liberal, no se dirigían contra la idea de España como patria común de todos los liberales y nuevo espacio para la legitimación política, por lo menos en primera instancia, aunque eran un incentivo extraordinario para el reforzamiento de la identidad provincial.

Y no tan sólo para eso. En ocasión de los gravísimos enfrentamientos entre Espartero en el poder y el radicalismo liberal que domina en Barcelona, que llegaron a su cenit con los dos bombardeos de la ciudad en 1842 y 1843, la evocación de aquellos episodios del pasado significó una reacción contra la tendencial identificación entre la nueva nación y el culto exclusivo a su matriz castellana o frente a los resabios anticatalanes exhibidos por las autoridades militares muy a menudo³⁶. A pesar de esta ambigüedad muy comprensible, debe entenderse que cuando los liberales catalanes recuperaban y reinterpretaban la historia provincial no lo hacían en clave antiespañola, ni siquiera anticastellana. Al igual que sucedía en el resto de España, eran el absolutismo monárquico borbónico y sus precedentes en los siglos XVI y XVII quienes cargaban con el peso de la crítica al antiguo orden de cosas. Es más, las diversas facciones liberales catalanas no muestran la menor displicencia en relación a la patria común. Lo que se reivindicaba, en definitiva, no era otra patria sino el orgullo de tener unos antepasados que lucharon contra la opresión y despotismo de los monarcas del pasado. Y, con ello, el derecho a participar de manera plena en la construcción del Estado constitucional, a partir de un compromiso político que cuaja en las dramáticas luchas contra el legitimismo carlista en siete años de guerra civil y en el esfuerzo por afirmar el proyecto liberal. Serán las reticencias o la casi imposibilidad de que esta visión sea aceptada en la política general del país el factor que conduce a la queja y al desengaño.

EL DESCUBRIMIENTO DE UNA IDENTIDAD CATALANA

Sería muy difícil señalar una quiebra en la identificación de los liberales catalanes en relación al proceso de construcción del estado liberal español, fuese en función de un sentido separado de identidad o en función del recuerdo de las antiguas instituciones políticas abolidas a principios del siglo XVIII³⁷. En el marco general de identificación, entonces, del conjunto del liberalismo catalán

³⁵ A propósito de Fivaller, el importante artículo de GRAU I FERNÁNDEZ, Ramon: «Joan Fivaller, Ferran I i les imposicions municipals de Barcelona. Repàs d'un mite històric», *Barcelona. Quaderns d'Història*, 2/3, Barcelona, 1997, pp. 53-99.

³⁶ He desarrollado esta cuestión en «Passat i identitat: la guerra de Successió en la política i la literatura del segle XIX català», en *La commemoració de l'onze de setembre a Barcelona*, Barcelona, Ajuntament de Barcelona, 1994, pp. 117-124.

³⁷ Para una interesante discusión sobre el concepto mismo de identidad, de SMITH, A. D.: *National Identity*, Harmondsworth, Penguin, 1991.

con la idea de una patria común, fueron las terribles tensiones de los años 1835-1845 las que introdujeron distorsiones ideológicas de gran trascendencia para la definición futura de las referencias identitarias. Para empezar, tensaron hasta el límite la idea de un patriotismo español común a todos los liberales frente a la patrimonialización creciente de éste por parte del grueso de los liberales de cultura castellana. Esta tensión no derivó por lo general en el cuestionamiento del marco español como espacio privilegiado y único concebible de la política, pero sí obligó a una más compleja adaptación de la personalidad del liberalismo local en el marco general español.

En los momentos más críticos de afirmación del liberalismo podemos distinguir dos procesos de configuración de identidades patrióticas en Cataluña. Uno era de filiación genuinamente revolucionaria, el resultado directo del fermento derivado de las bases ideológicas del primer liberalismo, el segundo era el fruto de las vacilaciones de la conciencia liberal, en términos que trataremos de dilucidar más adelante. Dos figuras de gran interés ejemplifican a la perfección las complejidades del liberalismo radical catalán de los años revolucionarios en su estado más puro. Se trata de dos conspicuos progresistas con un destacado papel en las luchas populares de Barcelona de los años 1837 a 1843. Portavoces del más característico liberalismo de sectores medios, muy abierto a las primeras organizaciones obreras, sus propósitos interclasistas se asentaban en elementos muy característicos de la utopía liberal. Determinada su trayectoria posterior por la descomposición política del progresismo barcelonés en los críticos años 1842-1843, el paso a la capital de la Monarquía ha oscurecido su evolución vital posterior y la significación de sus posiciones en la Barcelona de aquellos años. Sin entrar a detallar su trayectoria política hasta 1844, algunas cuestiones son especialmente significativas de los desarrollos de la conciencia liberal. En primer lugar, que el proyecto político de Pere Mata i Fontanet (1811-1877), Antoni Ribot i Fontseré (1813-1871) y otros sectores del liberalismo progresista se articuló en aquellos años en una franja enormemente vacilante de la convulsa vida política barcelonesa³⁸. Gestado tras la quiebra del primer radicalismo liberal en los trágicos enfrentamientos de 1837, y tras la etapa de dura represión política del paso de De Meer por la capitania general, su propuesta política encontró eco entre sectores medios de la burguesía barcelonesa y entre los núcleos más asentados de una población trabajadora ávida de

³⁸ No existe ninguna buena biografía de Mata y Ribot. Sobre Mata pueden consultarse algunos trabajos, inexistentes en el caso de Ribot. Por ejemplo, el libro de Joaquim Santasusagna, *Reus i els reusencs en el renaixement de Catalunya fins al 1900*, Reus, Associació d'estudis reusencs, 1982; ANGUERA, Pere y MELICH, Jordi: *El socialisme utòpic a Reus. Lectura de la «Joven España»*, Reus, Centre de Lectura, 1981; CELIA ROMEA CASTRO, M.: *Documentos para una imagen literaria de Barcelona (década de 1833-1843)*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1991; OLLÉ i ROMEU, J. M.: «Quatre personatges de la Barcelona liberal i revolucionària», *Miscel·lània d'Homenatge a Josep Benet*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 176-193; TORO MÉRIDA, J. y PRIETO ALBERCA, A.: *Pedro Mata y Fontanet. Vida, obra y pensamiento*, Madrid, s.p.e., 1986.

ser reconocida en el juego político³⁹. La importancia de este grupo, no obstante, puede medirse por otros parámetros que deben ser incorporados al complejo escenario de la vida social barcelonesa de aquellos años. Tanto Mata como Ribot formaron parte del grupo de jóvenes literatos barceloneses que dieron a conocer algunas composiciones poéticas en catalán ya a mediados de los años treinta, es decir cuando el uso de la lengua autóctona había llegado a su nivel más bajo en la palestra pública, aunque sus rudimentarias tentativas no constituían, en modo alguno, una propuesta cultural por el catalán como lengua de expresión culta⁴⁰. En efecto, Mata y Ribot publicaron en lo fundamental literatura política de ocasión, con algunas piezas de mayores pretensiones, cuya parte más sustancial fue escrita en castellano, la lengua en la que se redactaba toda la prensa del período en Barcelona, con una sola excepción⁴¹. Mata publicó en un periódico político progresista una curiosa novela autobiográfica, *El poeta y el banquero*, una obra completamente fallida desde el punto de vista estilístico, en la que trató de sintetizar la historia de los graves enfrentamientos por los que había pasado Barcelona en aquellos años, con detalles sociológicos sobre la Cataluña de la época de indudable interés. A su vez, Antoni Ribot publicó una parecida versión de acontecimientos algo posteriores, identificando muy eficazmente al autoritarismo de Espartero (regente de vocación cesarista de 1840 a 1843, en nombre del partido del propio autor) con el Conde Duque de Olivares, el debelador de las «libertades» antiguas de Cataluña en el siglo XVII. Su versión satírica de los conflictos de siglos pasados era una respuesta imaginativa a la convicción creciente, por parte de los liberales radicales barceloneses, de la galopante castellanización simbólica de la política liberal y al sesgo autoritario del gobierno central⁴². Diputado en Madrid, Mata expresó los mismos sentimientos en un conjunto de importantes intervenciones políticas durante la Regencia. Ambos personajes pretendieron, además, encarnar una opción radical y revolucionaria del romanticismo, concibiéndolo como una propuesta literaria de ruptura, la más idónea para expresar los sentimientos posibilitados por el cambio político. La literatura estaba, pues, al servicio de la políti-

³⁹ Sobre esta cuestión debe consultarse de Genís Barnosell, *Orígens del sindicalisme català*, Vic, Eumo, 1999.

⁴⁰ Una excelente aproximación al complejo romántico en el que se formaron en Manuel Jorba, «Els romanticismes de Catalunya», en *El segle romàntic. Actes del Col·loqui sobre el Romanticisme*, Vilanova i la Geltrú, Biblioteca Museu Balaguer, 1997, pp. 209-248. En el mismo volumen y en relación a Mata, de Xavier Vall, «Lo vot complert» de Pere Mata, un poema presentat com el pioner del romanticisme literari català», pp. 387-415.

⁴¹ Se trataba de una publicación dedicada a temas religiosos que se publicó tan sólo durante un año. Existe una monografía de J.M. Casacuberta al respecto: «*Lo Verdader Català*». *Primer òrgan periodístic de la Renaixença (1843)*, Barcelona, Barcino, 1956.

⁴² RIBOT I FONTSERÉ, A.: *La campana del Rey Wamba. Letrillas chocarreras, atroces, soeces y tabernarias dedicadas al periódico El Guardia Nacional por el Romancero del Conde Duque*, Barcelona, s.p.e., 1842.

ca, pero de una política concebida siempre a escala española, por lo que sus trabajos reflejan de manera muy nítida las frustraciones del progresismo local.

Como es bien sabido, el núcleo de intelectuales, literatos y políticos identificados con las corrientes radicales del liberalismo fue dinamitado con el final de su predominio político. Su descomposición cortó de raíz las posibles derivaciones políticas y culturales de las diferencias entre liberales a que habían dado lugar los graves enfrentamientos del período esparterista, la tensión intrínseca con el patriotismo general compartido. Algunos de aquellos hombres fueron expulsados de la universidad barcelonesa (por ejemplo, el médico y literato Pere Felip Monlau (1808-1871)), otros desertaron o se pasaron con armas y bagajes a opciones conservadoras y de orden (como Josep Llausàs o Josep Coll y Vehí), y un tercer grupo se encontró con todas las puertas cerradas y el «exilio» a Madrid como la única posibilidad para seguir participando en la vida pública y profesional, una vez el progresismo catalán entró en un proceso de práctica refundación bajo otros supuestos. Este último fue el caso de Mata y de Ribot, aunque ninguno de los dos perdió el contacto con sus corrillegionarios del país de origen. Ribot, por ejemplo, dirigió un interesante periódico de marcado tono anticlerical y democrático en los años cincuenta en Barcelona, mientras se implicaba en la política madrileña⁴³. Mata desarrolló su carrera de médico y escritor en la capital, en las antípodas ya de la literatura en la lengua materna que se estaba afirmando en su Cataluña natal. En posiciones políticas y sociales bastante más conservadoras de las mantenidas en los años de la Regencia, volvería a ser diputado durante el Bienio Progresista y tras la Revolución de setiembre.

En paralelo a los graves enfrentamientos entre las distintas facciones liberales de los años treinta y cuarenta, empezó a generalizarse la manipulación de determinados registros del pasado, en torno a la idea de una identidad catalana distintiva, mítica y perdida. Lentamente en los años treinta, con mayor energía en los años cuarenta, y de manera avasalladora hacia mediados de siglo, un grupo de intelectuales catalanes se empeñará en un proyecto cultural de una enorme trascendencia de futuro. Este grupo estaba integrado por personajes de procedencia diversa: algunos de ellos formaban parte de la intelectualidad ligada al partido liberal moderado (como podían ser Joan Cortada (1805-1868), Ramon Muns i Serinyà o Joan Illas i Vidal (1819-1876), o los miembros de una familia de historiadores de gran tradición, los Bofarull), otros ni siquiera eran exactamente liberales (Joaquim Roca i Cornet, por ejemplo), y un tercer grupo estaba constituido por los tránsfugas del liberalismo progresista y radical. Este último grupo era, sin ninguna duda, el de mayor bagaje doctrinal y potencia intelectual, en especial dos de sus representantes más conspicuos, Ma-

⁴³ RIBOT Y FONTSERÉ, A.: *La Revolución de Julio en Madrid. Revista de los hechos que constituyen este glorioso alzamiento, precedida de un examen razonado de las causas que se han desenvuelto simultáneamente en el resto de España*, Barcelona, Imp. de Gaspar y Roig, 1854.

nuel Milà i Fontanals (1818-1884) y Pau Piferrer (1818-1848). Estos dos literatos noveles en el momento del cambio político, participantes directos en algunos de los acontecimientos que conmovieron Barcelona en 1835 y 1836, se separaron del liberalismo revolucionario para iniciar un camino que les conduciría a posiciones de orden y a una compleja recuperación del catolicismo. En este grupo, pero con una acentuada tendencia a la militancia católica muy en primer plano, debe añadirse el nombre de Joaquim Rubió i Ors (1818-1899), el autor más emblemático del revival literario catalán en aquellas décadas.

Lo que unió a estos grupos de literatos, profesionales e intelectuales de distintas generaciones fue el rechazo de la lectura radical de las posibilidades culturales y morales que el cambio político había puesto encima de la mesa. En el terreno de la cultura liberal, esto significará la apertura de un complejo proceso de selección de las líneas de su construcción específica en Cataluña, en términos que pueden ser sintetizados del modo siguiente: un acercamiento muy explícito a la moralidad y a la religión católica, la continuidad de determinadas instituciones del país que habían resistido la cesura revolucionaria, como el derecho civil por ejemplo, todo ello en el marco integrador del ordenamiento institucional que se afirma con el moderantismo⁴⁴. La gran batalla para la definición de estas líneas de desarrollo de la cultura liberal se dilucidó muy pronto, en los mismos momentos en que el cambio político estaba tratando de asentarse en el marco de un nuevo sistema institucional. Los recorridos intelectuales de Manuel Milà i Fontanals y de Pau Piferrer ilustran a la perfección esta transformación del mundo intelectual catalán.

Piferrer fue, sin duda, el personaje más emblemático de la expresión de la quiebra de la conciencia liberal en términos culturales. Era el crítico teatral más influyente de la Barcelona de su época, aun siendo muy joven, y sus trabajos sobre literatura y su poesía, parcialmente inéditos a su prematura muerte por tuberculosis, permiten reconstruir a la perfección el proceso de clarificación ideológica de toda su generación⁴⁵. Su amigo Milà y Fontanals, que sería después la primera autoridad española en el terreno de la filología románica y una personalidad relevante a escala europea, reconoció la capacidad intuitiva y seminal de Piferrer, su influjo sobre una entera generación de literatos catalanes. Una capacidad de guía que le fue reconocida por otros destacados miembros de la *intelligentsia* barcelonesa, como Joan Mañé i Flaquer (1823-1901), literato, escritor político y director, desde 1854, del más importante periódico barcelo-

⁴⁴ Para la cuestión del derecho, el debate en torno deberá consultarse el trabajo de Stephen H. Jacobson, *Professionalism, Corporatism, and Catalanism: The Legal Profession in Nineteenth-Century Barcelona*, Tufts University, 1998 (tesis doctoral inédita). Jacobson muestra cómo la cuestión agraria estuvo debajo del debate en torno a la posibilidad de unificación del código civil de García Goyena, aunque del lado catalán nada se opuso a tal posibilidad al margen de ciertas consideraciones excepcionales. Una reacción distinta, por lo tanto, a la de 1889.

⁴⁵ La mejor presentación del lugar de Piferrer en el marco de la *Renaixença*, en JORBA, Manuel: «Pau Piferrer (1818-1848), escriptor romàntic» (texto inédito)

nés, o Marià Aguiló (1825-1897), el bibliotecario de la Universidad de Barcelona y máximo especialista en la literatura antigua en lengua catalana.⁴⁶ Un Piferrer muy joven participó del entusiasmo revolucionario de fines de julio de 1835 por las calles de Barcelona, se enroló después en la milicia burguesa que luchó contra las fuerzas carlistas. Parecida es la trayectoria de Milà, que formó parte muy activa y consciente de los núcleos intelectuales filo-progresistas en torno al misterioso personaje de «Joseph Andrew Covert-Spring», que hoy sabemos escondía al mallorquín Andreu Fontcuberta⁴⁷. Muy pronto, sin embargo, atemperó Piferrer su entusiasmo por los efectos del cambio político e inició un camino sin retorno que lo conduciría a las filas del moderantismo político e intelectual y, hacia el final de su vida, a un decidido alejamiento y desprecio de la política en general⁴⁸. Hacia 1838 inició su colaboración en el principal periódico de aquella facción liberal, aunque lo hizo desde posiciones muy alejadas de la política directa, hacia la que empezó también a mostrar un notable despego. Pero el paso al moderantismo no debe oscurecer la complejidad del viraje intelectual protagonizado por Piferrer, al igual que sucederá con su amigo Milà i Fontanals que ha seguido un camino muy parecido⁴⁹. La producción literaria de

⁴⁶ Sobre Aguiló deben consultarse los trabajos de Margalida Tomàs, *Marià Aguiló*, «Biografies Mallorquines», Palma de Mallorca, 1984; y el prólogo a la *Obra en prosa*, Barcelona, Publicacions de l' Abadia de Morserrat, 1988.

⁴⁷ La biografía de este personaje que tanto influyó en los jóvenes liberales radicales en los primeros años de la revolución liberal sigue siendo intrigante. Con todo, se han hecho avances importantes para la documentación de muchos aspectos de su personalidad. Citaremos algunos trabajos, a partir del artículo de Jordi Maluquer de Motes i Anna Ramspott que planteó a fondo esta pequeña polémica erudita, «Romanticisme i saintsimonisme a Catalunya en temps de Revolució (1835-1837)», *Recerques*, Barcelona, 1976, 6, pp. 65-91; GRAU MEEKEL, Marie: «Andrew Covert-Spring a Perpignan, 1828-1835: un emigré politique espagnol dans la vie culturelle rousellonnaise», *Bulletin de la Société agricole, scientifique et litteraire des Pyrenées-Orientales*, XCIII, 1985, pp. 223-251; Id., «Andrew Covert-Spring: assaig de construcció d'un personatge històric», *Els marges*, Barcelona, 1992, 45, pp. 7-25; GHANIME, Albert: «La identitat de Covert-Spring, un repte erudit», *L'Avenc*, Barcelona, 1993, 174, pp. 24-31; Id. «Apunts sobre el pensament de José Andrew de Covert-Spring», *L'Avenc*, Barcelona, 1995, 195, pp. 12-16.

⁴⁸ Estas cuestiones las desarrollé en mi trabajo *Cultura nacional en una societat dividida. (Patriotisme i cultura a Catalunya (1838-1868))*, Barcelona, Curial, 1992, de donde tomo buena parte de las argumentaciones que siguen.

Sobre Piferrer puede consultarse un viejo pero aún útil trabajo de CARNICER, Ramón: *Vida y obra de Pablo Piferrer*, Madrid, CSIC, 1963.

⁴⁹ Sobre el personaje clave en el mundo literario catalán y español que fue Manuel Milà i Fontanals existe una importante y excelente bibliografía. En primer lugar dos trabajos muy perceptivos de RUBIÓ I BALAGUER, Jordi: «Contribució als escrits de Manuel Milà i Fontanals anteriors al 1844», en *Homenaje a Vicens Vives*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1967, vol. II, pp. 575-612 y *Breve contribució a la obra literaria de Manuel Milà i Fontanals*, Barcelona, CSIC, 1970. Más reciente, la contribución exhaustiva y rigurosa de Manuel Jorba en tres volúmenes: *Manuel Milà i Fontanals i la seva època*, Barcelona, Curial, 1984; *Manuel Milà i Fontanals, crític literari*, Barcelona, Curial, 1991; *L'obra crítica i erudita de Manuel Milà i Fontanals*, Barcelona, Curial, 1994.

ambos, sus opiniones literarias y estéticas, denotan un pérdida total de confianza en la capacidad del cambio político para ordenar las fuerzas sociales que había desatado, tanto en el plano social como en el íntimo y personal. Y, así como Ribot y Mata pedían una literatura a la altura de los tiempos, en el fragor de los acontecimientos políticos por los que estaba pasando la Barcelona *bullanguera*, Piferrer y Milà evolucionarán en sentido inverso. Estos últimos no sólo se desplazarán hacia opciones muy conservadoras en política y literatura, sino que no disimularán apenas su disgusto y desdén por el discurso del primer liberalismo. En los años 1839-1841 la evolución de ambos hacia posiciones de orden se había cerrado por completo.

Piferrer plasmaría aquel viraje en directrices literarias de enorme fertilidad y trascendencia a medio y largo plazo, Milà en propuestas de teoría literaria y estética de un influencia indudable, no sólo en Cataluña. Obra del primero fueron los volúmenes de la colección *Recuerdos y bellezas de España*, dedicados a Cataluña, los primeros en proponer un nuevo modelo de interpretación del pasado medieval como momento de plenitud de la nación y de la sociedad catalana, procedimiento de una obviedad patente como medio para distanciarse de un presente visto cada vez con mayor disgusto. Frente a los escombros del cambio revolucionario, las palabras «reconstrucción» y «regeneración» resultan claves como pautas de oposición y contraste en relación a la inmensa tarea de destrucción realizada por la revolución, desde su punto de vista. En el segundo volumen de la obra, publicada en 1843 pero dada a conocer previamente en fascículos, la idea de tradición vertebraba la función operativa del pasado como elemento para distanciarse del presente y recrear un mundo que se quiere más ordenado, un mundo en el que, por primera vez, el espacio rural y el campesinado intervienen como contrapunto de la ciudad convulsa y revolucionaria. Era a través de la evocación del pasado, de la veneración de los restos todavía preservados en documentos y ruinas arqueológicas, y en un medio rural no alterado todavía por la transformación política y social en curso, desde donde era posible pensar en aquella regeneración propuesta o, cuanto menos, en curar o atemperar los males del presente. Historia, arqueología, lengua y religión serán repensados de forma nueva, como los anillos de una visión del pasado como presente, muy acorde con los cánones de cierto romanticismo tardío europeo de claras connotaciones conservadoras, pero de un conservadorismo de clara filiación liberal, que nada tenía que ver ya con la lectura del pasado de los sectores contrarrevolucionarios o del tradicionalismo de principios del siglo XIX. Era una lectura de los males del presente no la impugnación de sus fundamentos profundos, una de las escisiones más universales de la cultura burguesa europea.

En el momento en que Piferrer publicó su primer volumen de los *Recuerdos*, Manuel Milà i Fontanals, el más sistemático y preparado en el terreno de la teoría literaria y estética de los jóvenes intelectuales catalanes, confirió marchamo literario a una profunda ruptura con muchas de las corrientes culturales de la época. En particular, con buena parte de la literatura que estaba, justa-

mente, en la base de las propuestas de los escritores radicales, y del propio Milà unos pocos años antes, en beneficio de unas opciones literarias historicistas y medievalizantes de proyección conservadora indudable. El manifiesto más claro de este viraje hacia opciones conservadoras en literatura fue un denso artículo escrito por Milà en 1839, pero publicado dos años después y reeditado en diversas ocasiones, que llevaba por título «Moral literaria. Escuela escéptica». En aquel trabajo condenaba las líneas generales de la literatura del momento, las corrientes centrales del romanticismo europeo, para salvar al final la propuesta literaria de Walter Scott como la única capaz de frenar las tendencias disolventes del siglo. Tan sólo un año antes Milà había publicado una compilación de trabajos donde, en el titulado *Fasque Nefasque*, se permitía planteamientos que él mismo condenaría poco tiempo después, al extremo de eliminar personalmente los ejemplares de la obra citada.

La ruptura crítica de Pífferrer y Milà con los postulados de la literatura y de la visión romántica de los primeros años de la Revolución liberal desbrozó el camino hacia la construcción de una cultura burguesa, genuinamente catalana, de tono y resonancias netamente historicistas (medievalizantes sobre todo) y ruralizantes. Su plasmación pasaba en lo esencial por la literatura y por la historia, aunque no exclusivamente, y conducía a corto plazo a la reivindicación de la lengua autóctona para ciertos usos, vitales en relación a las prácticas literarias identificadas con la construcción de una tan peculiar cultura provincial⁵⁰. Si los primeros esfuerzos colectivos en aquella dirección se dieron ya a principios de los años cuarenta, hacia mediados de los cincuenta encontraron y estabilizaron su espacio de representación preferente: los Juegos Florales restaurados⁵¹. Se trataba de una plataforma literaria de marcado carácter conservador y arcaizante, que se situó en el centro mismo de la vida cultural catalana en estrecha asociación al discurso provincialista y se convirtió en el espacio de legitimación literaria por excelencia en la Cataluña del siglo XIX. Su inmenso po-

⁵⁰ La reivindicación de la lengua propia se plantea en el siglo XIX *vis à vis* con la generalización masiva del castellano para los usos cultos, políticos y administrativos. La enorme ambigüedad de la posición de los grupos dirigentes catalanes ha sido abordada en ocasiones, aunque no puede considerarse un tema cerrado. Puede consultarse, de Ernest Lluch, «La producció de llibres en la «morta viva»: 1467-1860», en *La Catalunya vençuda del segle XVIII. Foscors i clarors de la Il·lustració*, op. cit., pp. 35-53; de FRADERA, J.M.: «Dues literatures per a una cultura» a *Cultura nacional en una societat dividida...*, op. cit., nota 47, pp. 129-233; de ANGUERA, Pere: *El català del segle XIX. De llengua del poble a llengua nacional*, Barcelona, Empúries, 1997.

⁵¹ La mejor aproximación a la historia y el significado de la llamada *Renaixença* y de los certámenes poéticos o Jocs Florals se encuentra en los trabajos de Manuel Jorba. Al respecto, consúltese el volumen de VII de la *Historia de la literatura catalana*, RIQUER, M. de, COMAS, A. y MOLAS, J. (eds.): Barcelona, Ed. Ariel, 1986, en particular los apartados siguientes: «La Renaixença» (pp. 9-40); «Llengua i literatura» (pp. 41-76); «El Romanticisme» (pp. 77-122) y «Els Jocs Florals» (pp. 123-153). Más reciente, el trabajo del mismo autor «Literatura, Llengua i Renaixença: la renovació romàntica», en *Història de la cultura catalana*, vol. IV, *Romanticisme i Renaixença, 1800-1860*, Barcelona, Ed. 62, 1995, pp. 77-132.

der simbólico derivaba no tanto de su potencial literario sino justamente de todo lo contrario, de su acotación precisa e inmisericorde del registro de la literatura a las exigencias de la moralidad burguesa que se impone tras las vacilaciones posteriores al cambio político de los años treinta y cuarenta.

Lo importante es notar cuáles eran los valores que daban cohesión a una cultura de las características que hemos definido y al peculiar mundo que se organizó para defenderlos, el movimiento que se conocería posteriormente como *Renaixença* o renacimiento. Y conocer, en segundo lugar, el significado que podía tener invocarlos en el contexto de la sociedad catalana de la época. Una lectura atenta del sistema de oposiciones que dio sentido a aquella literatura y cultura muestra cómo la reivindicación masiva del pasado medieval catalán, así como la del catolicismo, la lengua propia y, finalmente, la de un mundo rural en términos muy idealizados, eran registros conectados entre ellos. En efecto, era en el campo donde había que buscar los restos de un tiempo mejor desaparecido que en la ciudad ya no podía, por definición, existir. Y el mismo sentido tenía la recuperación de la lengua y la religión de los padres, símbolos de un pasado, anillos de la tradición, en expresión de Piferrer. Revivir la lengua, recuperar el catolicismo sin cuestionarlo en exceso, exaltar el pasado catalán y venerar los restos arqueológicos, o, finalmente, admirar el paisaje y una sociedad rural idealizada a la que se le atribuían rasgos casi inmóviles, todo ello conformaba un sistema de oposiciones con la realidad del presente, con una realidad convertida en el polo claramente negativo⁵². El nacionalismo tenía poco que ver en la génesis de la estructura cultural a la que nos estamos refiriendo. La formación de aquella peculiar «structure of feelings», por usar la expresión acuñada en su día por Raymond Williams, no estaba dirigida, ciertamente, contra la identidad política española, que se estaba construyendo como parte del proyecto nacional del liberalismo. Señas de identidad construidas sobre un sistema de oposiciones muy nítido, pasado/presente y campo/ciudad, su objetivo era satisfacer las necesidades de confrontación con la sociedad del siglo XIX, con el mundo doméstico, con la propia sociedad catalana.

La reivindicación del pasado medieval o de la vida campesina deben leerse, por lo tanto, en sus auténticos términos, en ocasiones muy ambiguos. En determinados casos comprendía una inequívoca lamentación por el lugar subordinado que el mundo catalán ocupaba en el nuevo orden de cosas. Un motivo, éste, que sin duda ha inspirado las famosas palabras de Rubió i Ors al presentar su exitosa propuesta de poesía histórica en catalán en 1841, y que ha sido imaginada con posterioridad como el punto de arranque real del proceso de recuperación literaria del siglo XIX. Comprendía, también, otras motivaciones mu-

⁵² Para una inteligente revisión de la cuestión del paisaje en el origen del nacionalismo catalán contemporáneo, de MARFANY, Joan-Lluís: «El paisatge, el nacionalisme i la Renaixença», en Joan Nogué-Font y Joaquim M. Puigvert (eds.), *Geografia històrica i història del paisatge*, *Revista de Girona*, Girona, 13, 1993, pp. 81-96.

cho más operativas. En pocas palabras: una inequívoca reivindicación antiindustrialista, y, por ello, antiurbana y antimoderna, nada fácil de descifrar en sus matices y ambigüedades, pero que debe leerse como reacción al proceso mismo de transformación de Cataluña en una sociedad densamente industrial. Si bien la mitificación ruralista se confrontaba con el mundo real inmediato, su polo opuesto obviamente, el medievalismo y el arqueologismo exacerbado de aquella generación debe entenderse, a mi parecer, como su lógico corolario⁵³. De manera muy resumida: como la idealización del momento en el que hallar unos valores de deferencia, orden, jerarquía y ausencia de violencia a los que, de modo inverso, conformaban la experiencia cotidiana de los catalanes en las décadas centrales del siglo XIX. La precocidad, autonomía y radicalidad de estas intuiciones, que cuajaron en un sistema de ideas y en una propuesta estética y moral precisa, genuinamente burguesa en su génesis y en su funcionalidad, les otorgarán un lugar central en la cultura provincialista de las décadas posteriores al cambio político. Posición que se verá reforzada, como no podía ser de otro modo, por las funciones sociales y de reconocimiento que cumplían en las relaciones sociales de precisa significación burguesa que se imponen con gran celeridad en aquellos años decisivos.

IDENTIDADES DIVERSAS Y LEALTADES COMPARTIDAS

Para los liberales catalanes hasta muy entrado el siglo XIX, el patriotismo general español y lo catalán jamás fueron dos conceptos contrapuestos. «El amor de la patria (Catalunya) no ha de suscitar contra nosotros ni un adversario», declaró Joan Cortada (1805-1868) en una de las tentativas frecuentes entre los grupos dirigentes catalanes de acomodar el orgullo «provincial» con el patriotismo compartido⁵⁴. Esta percepción no derivaba exclusivamente de la aceptación resignada de una determinada idea de España-nación y patria de todos los buenos liberales sino, sobre todo, de la naturaleza del proceso político que se había desarrollado en la Península a partir de fines del siglo XVIII. Por esta razón, la resistencia común contra Napoleón jugó un papel tan destacado como punto de referencia colectivo para todo el espectro liberal de la Península, al igual que algunos episodios emblemáticos de la lucha contra el legiti-

⁵³ Jaume Balmes denunció, en «El catalán montañés» (1841), la ambivalente descripción que la burguesía barcelonesa hacía del campesino catalán, entre la mitificación idealizadora y el desprecio por su rudeza. Me referí a ello en *Jaume Balmes. Els fonaments racionals d'una política catòlica*, Vic, Eumo Editorial, 1996, pp. 93-96.

⁵⁴ La cita procede de la conocida serie de artículos de Cortada titulada *Cataluña y los catalanes* (1858-1859), que se publicó en «El Telégrafo». Tomo la cita del libro de Albert Ganhime, *Joan Cortada: Catalunya i els catalans al segle XIX*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1995, p. 129.

mismo carlista⁵⁵. Ambos momentos habían unido a todos los liberales en un designio común, justamente por esta razón fueron exaltados hasta principios del siglo XX como referencias fundacionales y cohesionadoras de primer orden⁵⁶. Que los liberales catalanes concudiesen en este marco común con su historia construida *ad hoc*, sus mártires, sus banderas, su propia idiosincrasia e incluso la lengua propia en ocasiones, como ya se ha indicado con anterioridad, no contradice el argumento de fondo de un patriotismo liberal aceptado e integrador. Un patriotismo liberal que no había sido impuesto sino que era un factor movilizador decisivo en el proceso de transformación política de la Monarquía, un cambio realizado, además, a través de una intensa confrontación en la calle y en las mentes⁵⁷.

La recreación de una identidad catalana distintiva que empieza a tomar forma de manera muy incipiente en los años de la revolución liberal no atentaba contra los fundamentos de aquel patriotismo español compartido. Su estímulo básico derivaba de la transformación misma de la sociedad catalana, del impulso simultáneo y superpuesto del cambio político y de un proceso industrializador muy intenso y acelerado. Esta fue la tesis del analista más lúcido de la transformación por la que estaba pasando el país, el eclesiástico Jaime Balmes (1810-1848), en sus artículos sobre la Barcelona de los años 1842-1843⁵⁸. De forma extremadamente interesante explicó a los contemporáneos cómo la diferencia de ritmos entre el proceso revolucionario en Barcelona y en el resto del país se debía, no tanto a su alejamiento del proceso político general o al recuerdo de las viejas libertades, sino a la superior densidad burguesa e industrial de Cataluña. Fueron los aspectos indeseados del doble proceso al que nos acabamos de referir, con una impresionante acumulación de violencia política en el campo y la ciudad, en definitiva, el fermento de aquellas formulaciones que ponían todo su énfasis en una visión mítica del pasado y que privilegiaban

⁵⁵ Sobre la importancia de este momento deben consultarse dos magníficos ensayos de Pierre Vilar, «Ocupació i resistència durant la Guerra Gran i en temps de Napoleó» y «Pàtria i nació en el vocabulari de la Guerra contra Napoleó», *Assaigs sobre la Catalunya del segle XVIII*, Barcelona, Curial, 1973, pp. 93-131 y 133-171. Sobre la guerra contra la República francesa, debe consultarse una contribución más reciente de ROURA AULINAS, Lluís: *Guerra Gran a la vatlle de França. Catalunya dins la guerra contra la Revolució Francesa, 1793-1795*, Barcelona, Curial, 1993.

⁵⁶ El lugar de la guerra contra los ejércitos napoleónicos como motivo fundamental del nacionalismo español decimonónico ha sido desarrollado por José Álvarez Junco: «El nacionalismo español como mito movilizador. Cuatro guerras», en CRUZ, Rafael y PÉREZ LEDESMA, Manuel (eds.): *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza Editorial, 1997, pp. 38-39.

⁵⁷ Un planteamiento general del cambio político español insistiendo en el factor de movilización política que comportó la revolución liberal en España, en Jesús Millán, «Liberale Revolution und sozialer Wandel im Spanien des 19. Jahrhunderts. Ein Literaturüberblick», en *Neue Politische Literatur*, Frankfurt am Main, 40, 1995, pp. 381-401.

⁵⁸ He analizado a fondo los lúcidos artículos de Balmes en el capítulo IV, «La civilització-vapor», del libro citado en la nota 50. Estos trabajos, junto con el mencionado en la nota citada, han sido editados en facsímil, en Jaume Balmes, *Escrips sobre Catalunya*, Vic, Eumo Editorial, 1998.

los elementos de continuidad, de estabilidad, de deferencia a la jerarquía social. Dada su génesis, la construcción de una identidad catalana distintiva, la manipulación o invención de símbolos populares y cultos, no se dirigía contra el marco común español, sino que se proponía expresar los sentimientos de frustración de la clase dirigente, su nostalgia por un mundo más ordenado. Lo que pretendía, en definitiva, era configurar una nueva identidad colectiva y definir lo que la sociedad catalana era y lo que debía ser, de acuerdo y en términos aceptables para la conciencia burguesa. En este contexto, es muy significativo el fracaso de Víctor Balaguer (1824-1901) de dotar al mensaje medievalizante de la cultura renacentista de un planteamiento liberal que identificase las luchas del pasado con las del presente, a pesar de su ágil manipulación de las claves renacentistas más rancias. Por todo lo dicho, se comprende fácilmente que su tentativa, que representó el más serio intento de fundir la épica medievalizante catalana con el proyecto liberal, se mantuviera en los márgenes del movimiento, a pesar de su indiscutible éxito editorial⁵⁹.

El patriotismo general español y la recreación de una identidad catalana distintiva respondían, en consecuencia, a dos lógicas distintas que no entraban en competencia. Los mismos grupos o sectores sociales podían compartir unas y otras referencias y valores simbólicos, ambas podían formar parte de la misma cultura⁶⁰. Aunque, como es fácil de comprender, los grupos más comprometidos con el proyecto liberal, aún fuese en oposición a sus limitaciones, tendieron a identificarse con el proyecto liberal español en mayor medida, y de forma más abierta e intervencionista, que los núcleos intelectuales que habían hecho del distanciamiento hacia las grandes cuestiones sociales y políticas la base de su conservadurismo político y literario. Y que éstos imprimiesen su sello con mayor fuerza en el conjunto de ideas, percepciones y sentimentalidad básica de la cultura provincialista, primero, y regionalista más adelante. Tampoco tiene nada de extraño, entonces, que algunas de las primeras y más perspicaces críticas del discurso cultural de los *renaixentistes*, de sus limitaciones y ambigüedades, procediesen de los núcleos claramente situados en los postulados del liberalismo reformista más estricto. Es el caso, por ejemplo, de dos

⁵⁹ Sobre el Balaguer hombre de la *Renaixença* sigue faltando una investigación de cierta entidad, al igual que sobre el político de larga trayectoria. Para situar su faceta de historiador, la que ahora nos interesa, puede consultarse el trabajo de Ramon Grau, «L'aportació dels historiadors romàntics», *Romanticisme i Renaixença, 1800-1860*, Emili Giralt et alii, en *Historia de la Cultura Catalana*, Barcelona, Edicions 62, vol. IV, 1995, vol. IV, pp. 223-248.

⁶⁰ E incluso recurrir alternativamente a las dos, o a fundirlas en ocasiones. Un ejemplo de esta fluidez y maleabilidad lo encontraremos en la movilización simbólica que se produjo durante la primera guerra de África, con participación destacada de Rubió i Ors, Balaguer y de todos aquellos que giraban en torno a la plataforma de los Juegos florales recientemente restaurados. Al respecto, el excelente análisis de Albert Garcia Balanyà en «Tradicció liberal i política colonial a Catalunya. Mig segle de temptatives i limitacions, 1822-1872», en FRADERA, J.M. y YÁÑEZ, C. (eds.): *Catalunya i Ultramar. Poder i negoci a les colònies espanyoles*, Barcelona, Museu Marítim, 1995, pp. 78-106.

conspicuos personajes de la izquierda liberal catalana, ambos establecidos finalmente en Madrid. Me refiero a Laureà Figuerola (1816-1904), pedagogo y economista, que desempeñaría cargos de la máxima importancia durante el Sexenio⁶¹. Figuerola recriminó abiertamente a su amigo Milà i Fontanals el carácter antimoderno de la literatura en lengua catalana que se estaba afianzando, en ocasión del envío que le hizo de una de sus escasas producciones poéticas⁶². Muy poco después, Joan Güell i Mercader (1839-1905), periodista catalán establecido en la capital de la Monarquía pero muy vinculado a uno de los núcleos liberales más sólidos del país, el de la ciudad de Reus, la segunda de Cataluña por aquel entonces, manifestaba los mismos planteamientos a su socio político Víctor Balaguer, el más destacado literato renacentista de clara adscripción liberal. «Quizá tan solo mi incertidumbre, o mejor, mis poco halagüeñas sospechas acerca de la intención política que guiaba a los fomentadores del despertamiento de la literatura catalana, son causa de que hasta hoy no haya mostrado gran afición al cultivo de las letras catalanas, a pesar de mi natural inclinación en favor de todo lo de nuestra tierra.(...) he creído por mucho tiempo que ese movimiento literario no tenía ninguna trascendencia político-social, o si lo tenía en exigua parte, era en sentido reaccionario. Así lo creen muchos, sobre todo en Madrid, donde yo he tenido ocasión de observarlo de cerca. (...) Es necesario que trabaje V. mucho en este sentido, en el sentido de dar un carácter político y liberal a la moderna literatura catalana, si quiere V. que su generosa aspiración sea comprendida de todos los buenos»⁶³. Los términos de la contraposición no podían ser más explícitos, pero necesitan ser discutidos e interpretados correctamente.

⁶¹ Sobre Figuerola debe consultarse un esclarecedor trabajo de Antón Costas Comesaña, «El viraje del pensamiento político-económico español a mediados del siglo XIX: la conversión de Laureano Figuerola y la formulación del liberalismo industrialista», *Moneda y Crédito*, Madrid, 167, 1983, pp. 47-70. Para una etapa posterior de la actividad del economista catalán, del mismo autor: *Apogeo del liberalismo en «La Gloriosa». La reforma económica en el Sexenio Liberal (1868-1874)*, Madrid, Siglo XXI, 1988.

⁶² Laureà Figuerola a Manuel Milà i Fontanals, 9 de agosto de 1867, citado de *Epistolari de Manuel Milà i Fontanals*, por Lluís Nicolau d'Oliver, Barcelona, IEC, 1932, pp. 92-93.

⁶³ «Apuntes para un juicio crítico de la moderna literatura catalana. Carta a D. Víctor Balaguer», *El Eco del Centro de Lectura*, Reus, 16 de octubre de 1870, año I, n. 14, p. 1. (Una nota a pie de página advierte que la carta había sido escrita en julio de 1868). (Debo el conocimiento de este artículo al profesor Albert Garcia Balanyà). Valentí Almirall haría bastante después reflexiones del mismo estilo. En particular, puede leerse el artículo «L'adéu-siau, turons» de l'Aribau», en *Articles literaris*, Barcelona, *L'Avenc*, s.f., pp. 47-66. Sobre Almirall existe bastante literatura. Por ejemplo, de TRÍAS BEJARANO, J.J.: *Almirall y los orígenes del catalanismo*, Madrid, Siglo XXI, 1975; y de FIGUERES, Josep M.: *El Primer Congrés Catalanista i Valentí Almirall: materials per a l'estudi dels orígens del catalanisme*, Barcelona, Generalitat de Catalunya, 1985. Una revisión reciente del significado de sus propuestas en MARFANY, J.L.: «Valentí Almirall i el orígens del nacionalisme català», *L'Avenc*, Barcelona, 1996, 204, pp. 20-24.

La cultura provincial de la *Renaixença* se pensó a sí misma al margen de la política, jamás como la formulación de una idea de identidad opuesta o enfrentada a la general española que estaba vertebrando la vida pública del país desde la Revolución liberal. El énfasis en el pasado o su opción por una lengua y literatura de corte arcaizante, muy bien simbolizada en la plataforma básica que eran los *Jocs Florals*, era principalmente una respuesta frente a la tremenda violencia y división del presente. Por esta razón, estos motivos literarios, estéticos y morales pudieron ser manipulados, profundizados y difundidos sin alterar la integración de las clases dirigentes catalanas en el proyecto nacional español. Mientras, la especialización de la región como «fábrica de España», reforzaba y sellaba una profunda dependencia de Cataluña respecto al mercado peninsular, ligaba más y más a los grandes intereses catalanes al conjunto estatal. Además, durante la etapa estudiada y hasta bastante entrado el siglo XIX, por los menos hasta los años del Sexenio Democrático, la manipulación de aquellos sentimientos provincialistas (del «España es la nación, Cataluña la patria») fueron en lo básico una construcción de los políticos e intelectuales más estrechamente vinculados a las opciones del liberalismo de orden, en el contexto de una larga etapa de desmovilización popular y, a menudo, de fuerte represión política. En aquel contexto, las ensoñaciones de los *renaixentistes* mantuvieron durante bastante tiempo el carácter de símbolos de identificación para los estratos más elevados de la burguesía local y de sus grupos intelectuales. El limitado eco popular de sus recreaciones, sin embargo, no debe esconder dos factores de crucial importancia en la evolución futura de los problemas de identidad colectiva de la sociedad catalana del siglo XIX. Entre otras razones, porque el cultivo de sentimientos provincialistas se producía en el marco de relaciones muy problemáticas entre un Estado liberal altamente centralizado y una sociedad como la catalana cuya complejidad y conflictividad solía resolverse con expedientes militares y represivos muy duros, que llegaron a dirigirse incluso contra las asociaciones patronales⁶⁴. Hasta finales de siglo XIX, no obstante, el potencial político de la cultura provincialista, con su carga de sublimaciones y frustraciones largamente destiladas, no fue explorada y explotada de modo consciente por los principales agentes de la vida política catalana.

Debe retenerse, en primer lugar, que aquellas construcciones intelectuales y psicológicas se producían en un contexto de importante movilización política, pero de una movilización faltada, en Cataluña, de referentes simbólicos de fácil identificación. Se ha argumentado a menudo que el Estado español ejerció a lo largo del siglo XIX una muy débil y precaria acción nacionalizadora, de «na-

⁶⁴ El mejor trabajo al respecto es el de Borja de Riquer, «El conservadorisme polític català: del fracàs del moderantisme al desencís de la Restauració», *Recerques*, 11, 1981, pp. 29-80; de RISQUES CORBELLÀ, Manuel: *El govern civil de Barcelona al segle XIX*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1995.

cionalización de las masas»⁶⁵. Pero no debe olvidarse, en este sentido, que este factor operó escasamente en toda Europa hasta el cambio de cualidad del nacionalismo de fines de siglo XIX, el provocado, como ha explicado magistralmente E. J. Hobsbawm, por la eclosión de la política de masas⁶⁶. Hasta aquel momento, el «nacionalismo» era básicamente un lenguaje de identificación del espacio político basado en el consenso entre las distintas facciones liberales y la condición de posibilidad de disolución de los marcos particularistas de las culturas populares tradicionales, en proceso de rápida degradación bajo el impacto de las culturas nacionales y las instituciones del Estado liberal. El establecimiento de sistemas electorales censitarios y de mecanismos de exclusión real de determinados grupos sociales no tenía por qué significar, desde este punto de vista, de manera directa e inmediata, la quiebra de la identificación fundacional con la nación, aunque la hacía, sin duda, más problemática. En cualquier caso, la construcción del espacio nacional no puede entenderse más que como el resultado de la confluencia, no necesariamente armónica, del impulso de la política y la cultura liberales, en sentido muy amplio, y el marco institucional propiciado, con mayor o menor convicción, desde el Estado. En segundo lugar, el riesgo de enfatizar los aspectos «inventados» de las identidades colectivas deriva, justamente, de considerar a la cultura del nacionalismo como un artefacto que se impuso, si más, a un mundo popular premoderno que actuaría como

⁶⁵ La sistematización más completa de este punto de vista, con especial relevancia para el caso catalán, se encuentra en el trabajo de Borja de Riquer i Permanyer, «Reflexions entorn de la dèbil nacionalització espanyola del segle XIX», *L'Avenç*, Barcelona, 1993, 170, pp. 8-15. La posición de Riquer depende en última instancia de su muy pesimista valoración de los logros del Estado liberal español en el siglo XIX, tal y como ha explicitado en «Formes i instruments de poder a la Catalunya del segle XIX», en *El poder de l'Estat: evolució, força o rab*, Reus, Edicions del Centre de Lectura, 1993, pp. 137-152.

La versión más completa de la interpretación del profesor Riquer, a quien debemos agradecer el esfuerzo para formalizar un tema tan espinoso, se encuentra en: «Nacionalidades y regiones. Problemas y líneas de investigación en torno a la débil nacionalización española del siglo XIX», en *La Historia Contemporánea en España*, Antonio Morales Moya y Mariano Esteban de Vega (eds.), Salamanca, Universidad de Salamanca, 1996, pp. 73-89. En este texto se insiste en las posiciones ya comentadas, pero se explicita un argumento que las complementa con el que no puedo estar de acuerdo. El autor sostiene que las identidades catalana o vasca «resistieron la ofensiva nacionalizadora del nuevo estado, reafirmaron sus signos de identidad y, finalmente, elaboraron propuestas políticas nacionalistas alternativas a la española.» Aquellas identidades no compitieron con la española hasta muy tarde, cuando las sociedades catalana y vasca generaron, por razones que poco tenían que ver con la competencia con la identidad general española, un proceso de formación nacionalista. Por lo tanto, son las razones de este desarrollo las que deben investigarse, para entender los resultados posteriores, es decir la confrontación aludida, en términos más amplios. He desarrollado esta argumentación con mayor detalle en el apartado «El lenguaje del doble patriotismo», en *Cultura nacional en una societat dividida*, citado en nota 42.

⁶⁶ HOBBSAWM, E.J.: *Nations and Nationalism since 1789. Programme, myth, reality*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, en particular el capítulo cuarto, pp. 101-130.

mero repositorio⁶⁷. La idea de «nación», de «nación española» en nuestro caso formaba parte del lenguaje del primer liberalismo, de un lenguaje articulado por los grupos dirigentes pero igualmente usado y manipulado desde abajo, con grados de conciencia que no pueden subvalorarse en absoluto, a pesar de lo mal que conocemos aquellas transacciones. La visión muy extendida del nacionalismo como de un código y unas prácticas simbólicas impuestas, aunque contiene muchos gramos de verdad, no debería hacernos olvidar los variados mecanismos de participación actuantes en la política liberal. En el marco de estas identificaciones nada simples, la química entre el mundo intelectual y la población movilizada, a menudo estratos muy amplios de la población urbana e incluso rural, debe haber sido muy compleja, mucho más de lo que la idea de una simple imposición de arriba a abajo puede sugerir. La idea de un *establishment* liberal jugando con nociones de riguroso nuevo cuño, del estilo de las que conformaron la mayoría de la culturas nacionales, y de sus bases sociales presas en la cultura popular heredada, no puede sostenerse sin más, por lo que sabemos.

Volviendo al caso catalán, es indudable que durante un lapso de tiempo dos identidades igualmente «inventadas», una que unía a todos los liberales españoles y otra que expresaba las perplejidades de los grupos intelectuales más estrechamente ligados a la clase dirigente catalana, actuaron *vis à vis* en el espacio público liberal de una sociedad intensamente movilizada y conflictiva⁶⁸. No eran visiones antagónicas, ya que satisfacían necesidades distintas, por lo que su evolución en paralelo estaba condenada a prolongarse hasta el siglo XX, cuando algunos datos del cuadro descrito cambiaron⁶⁹. Sin embargo, sus interrelaciones eran extremadamente complicadas, algo que la historiografía nacio-

⁶⁷ La complejidad de esta cuestión puede documentarse perfectamente en el diario de un artesano liberal que participó activamente en la política de Barcelona hasta 1835. En él se encuentran tanto apelaciones continuas a los «bons espanyols» como a las antiguas libertades catalanas. Anónimo, *Successor de Barcelona (1822-1835)*, edición a cargo de J.M. Ollé i Romeu, Barcelona, Curial, 1981.

⁶⁸ Sobre la idea de «invención» no queda más que remitirse al libro ya clásico de HOBBSBAM, E.J. y RANGER, T.: *The Invention of Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983.

⁶⁹ Por ejemplo, las relaciones de competencia entre regionalismo catalanista y republicanismo en los años ochenta. Al respecto, de Pere Gabriel, «Catalanisme i republicanisme federal del Vuitcents», en A.A.V.V., *El catalanisme d'esquerres*, Gerona, Cercle d'Estudis Històrics i Socials, 1997, pp. 31-82. Este trabajo debe inscribirse en el marco de la descripción más amplia establecida por el autor en «El republicanismo militante en Cataluña en la primera etapa de la Restauración, 1875-1893», *Republicanos y repúblicas en España*, PIQUERAS, José A. y CHUST, Manuel (eds.): Madrid, S. XXI editors, 1996, pp. 163-183. Complétese con el trabajo de Àngel Duarte, «Los posibilismos republicanos y la vida política en la Cataluña de los primeros años de la Restauración», op. cit., pp. 185-205. Del mismo autor, «Republicans i catalanistes. Reus, 1890-1899», *Recerques*, 29, 1994, pp. 23-40. Para un período posterior, ya a principios de siglo XX, de MARFANY, Joan-Lluís: «Catalanistes i lerrouxistes», *Recerques*, 29, 1994, pp. 41-60. Estas interrelaciones no se limitaban al republicanismo, lo mismo puede decirse de ciertas corrientes del carlismo, véase, por ejemplo, el trabajo de CANAL, Jordi: «El carlisme catalanista a la fi del segle XIX: Joan Bardina i «Lo Mestre Tiras» (1897-1900)», *Recerques*, 34, 1996, p. 47-71.

nalista catalana no puede entender en la medida que interpreta la cultura liberal en su dimensión española, con su mitología y simbología patriótica, como una estricta y limpia imposición desde el Estado⁷⁰. Pero no estamos en condiciones, aún, de rehacer a fondo la compleja evolución e interacciones entre dos visiones ligadas todavía al patriotismo general español, fuese por su identificación a un proyecto liberal movilizador que deriva en proyectos más radicalizados sin romper con el sustrato ideológico de partida, fuese por la muy explícita división de trabajo que se impone en la cultura patricia entre el resignado quietismo político del conservadurismo y la ardua tarea de evocación del pasado de poetas e historiadores renacentistas.

La patrimonialización de las referencias patrióticas por parte de los liberales españoles, basta recordar en este contexto la distinción entre nacionalidades y nación de Antonio Cánovas del Castillo, debilitó de manera fácil de comprender el consenso fundacional y las posibilidades de asimilación de la periferia no castellana⁷¹. Aquella patrimonialización, que no es ahora el momento de analizar, abrió la puerta a una inevitable «provincialización» de las referencias simbólicas de los liberales no castellanos, una tendencia facilitada y preparada por la anterior «regionalización» de las disciplinas que más aportaban a la cosmovisión burguesa en el siglo XIX, se tratase de la literatura, de la historia, del derecho o la religión⁷². En el caso de una sociedad como la catalana, el alejamiento del tronco general de la cultura liberal española, la falta de identificación con ella, derivó en consecuencias de mayor alcance por las diferencias estructurales con la española, ya que éstas generaban pautas de movilización política más complejas y modernas⁷³. Y si la violencia y la confrontación derivadas de

⁷⁰ Lo mismo que hace, sin más, la historiografía nacionalista española, aunque lo vea desde el ángulo opuesto. Discutí las limitaciones inherentes a ambas perspectivas en «El proyecto liberal catalán y los imperativos del doble patriotismo», *Ayer*, 35, 1999, pp. 87-100.

⁷¹ A. Cánovas del Castillo, *Discurso sobre la nación*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997, pp. 68-70. Las quejas por aquella patrimonialización sin escrúpulos fueron algo corriente. Daré tan sólo un ejemplo para un momento anterior, extractado del periódico «El Popular» de noviembre de 1841: «mienten cuantos quieren hacer entender que aquí hay conatos de emancipación. Es un delirio suponerlo; ni desconocemos el estado político de Europa, ni estamos tan reñidos con nuestros intereses que soñemos siquiera en la fanfarronada de erigirnos en estado independiente. (...) Que nosotros recordemos con orgullo nuestra historia, es cosa muy distinta: la historia de Cataluña es nuestro patrimonio, es un legado que mantenemos con veneración y respeto. Pero, ¿no se envanece otras Provincias con sus Cides, Pelayos y Lanuzas? ¿que inconveniente hay pues que la nuestra cite con admiración sus concelleres, sus Berengueres y sus Moncadas?». Citado en *Passat i identitat...*, pp. 121-122.

⁷² Referencias de utilidad acerca de la construcción de una cultura española significativamente excluyente en Inman Fox, *La invención de España*, Madrid, Cátedra, 1997. Es de lamentar que su conocimiento bibliográfico acerca de los nacionalismos periféricos sea tan precario. Un tratamiento del tema de la «regionalización» de determinadas ramas del saber puede encontrarse en el primer capítulo de *Cultura nacional en una societat dividida*, pp. 92-108.

⁷³ Y en difíciles teorizaciones que trataban de aprehender aquella contradictoriedad. La de Joan Bautista Guardiola, por ejemplo, que hablaba en 1854 de una «personalidad nacional» español-

una rápida industrialización y de una prolongada defeción rural estuvieron en la base de las recreaciones nostálgicas de los grupos dirigentes catalanes, también es cierto que la dialéctica entre estas referencias y la pobre integración en el marco simbólico ofrecido desde el Estado determinó de modo más amplio la historia catalana de la segunda mitad del siglo XIX⁷⁴.

Ni la identidad común española estaría en condiciones de imponerse completamente en el universo mental de los catalanes del siglo XIX, ni la identidad y la mítica medievalizante y ruralizante de los *renaixentistes* podía sustituirla por razones obvias, incluso en sus versiones más democratizadas⁷⁵. Quizás por ello, los sectores sociales con mayor nivel de movilización aprendieron a interpretar la significación de una y otra identidad colectiva, a repartir sus lealtades y medir su relación con ambas. No renunciaron a su condición natural de catalanes y al orgullo de serlo, pero no por ello se sintieron menos capacitados para intervenir en las luchas de la época y a participar en proyectos colectivos de signo general español en función de ello⁷⁶. En el contexto definido por identidades igualmente «inventadas», en definitiva, la idea de un patriotismo único y excluyente no tenía por qué ser sentida como un imperativo categórico.

la como formada por diversas nacionalidades que mantenían muchas de las diferenciaciones heredadas. Cito a partir del libro de Jordi Maluquer de Motes, *El socialismo en España, 1833-1868*, Barcelona, Crítica, 1977, pp. 297.

⁷⁴ Sobre la utilidad de las recreaciones historicistas y ruralizantes, y de otras que ahora no vienen al caso, véase el magnífico libro de Joan-Lluís Marfany, *La cultura del catalanisme*, Barcelona, Empúries, 1995.

⁷⁵ Interesantes reflexiones acerca de la competencia entre identidades en nuestra época, en el capítulo quinto del libro de David Miller, *On Nationality*, Oxford, Oxford University Press, 1995. El factor inclusión/exclusión, válido para el análisis de la decisiva cuestión de la ciudadanía, no basta para aprehender aquella tensión en el propio corazón de los proyectos nacionales, realizados por lo general entre iguales. Un buen ejemplo de los problemas de este enfoque en el libro, ya clásico, de Rogers Brubaker, *Citizenship and Nationhood in France and Germany*, Cambridge, Ma., Harvard University Press, 1994, pp. 29-31. Véanse también las pertinentes reflexiones sobre la construcción de la «identidad» de Stuart J. Woolf en su *Il nazionalismo in Europa*, Milano, Unicopli, 1994, pp. 34-38.

⁷⁶ Frente a la ingenua y recurrente reivindicación de un «catalanismo popular», nunca definido con precisión, a no ser que por definición entendamos una tautología del estilo de la que sostiene que los catalanes se manifestaban como catalanes, defendí la idea de la capacidad de razonar políticamente de los sectores populares y, por consiguiente, de su inserción, con mayor o menor grado de subordinación, en el marco de la política liberal o antiliberal. *Jaume Balmes. Els fonaments racionals d'una política catòlica*, p. 199, nota 69.